

Ponencia para el evento “VII Conferencia de Estudios Estratégicos: Polos de poder, multilateralismo y dilemas de la transición hacia un nuevo orden internacional”

Título: El migrante como amenaza terrorista, trasfondo de un vínculo infundado

Autora: Lic. Luisa María González García

Institución: Vicepresidenta de Información de la agencia de noticias Prensa Latina, maestrante del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa”

Eje temático 3: temas de la agenda global y regional en un contexto de transición: migración, deuda, cambio climático, salud y tecnología.

INTRODUCCIÓN

Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York constituyeron un punto de giro en la historia de la humanidad. El mundo cambió radicalmente a partir de ese día, y en particular las dinámicas de funcionamiento de la seguridad internacional. Más allá de la polémica acerca de los verdaderos autores del ataque¹, resulta innegable que ese hecho elevó a un primer plano una temática que desde entonces ha encabezado las agendas política y mediática a nivel internacional: el terrorismo. Devenido preocupación central de estados y gobiernos, y titular de periódicos, televisoras e Internet, el terrorismo se ha convertido en uno de los asuntos que protagonizan la actualidad en el siglo XXI. A ello ha contribuido, evidentemente, la sucesión de actos terroristas acaecidos en las más diversas latitudes en los últimos 20 años.

Otro de los grandes temas omnipresentes en el discurso político y mediático de la actualidad es la migración, con un evidente correlato en la realidad cotidiana. Grandes olas migratorias tienen lugar en todos los continentes, tanto intrarregionales como de una región a otra, y el asunto centraliza también la atención de diversos actores y en diversos sentidos, incluidos los gobiernos, estados, organizaciones internacionales, instituciones y la sociedad civil.

En un debate público que cada vez es más amplio, diverso y altisonante -a tenor de esa socialización superlativa derivada de la irrupción de nuevas tecnologías para las comunicaciones-, a menudo el terrorismo y la migración aparecen juntos en una misma oración. En este sentido, son múltiples las formas en las cuales ambos fenómenos aparecen relacionados y en muchos países y grupos sociales, hoy es aceptada la idea de que migración y terrorismo van de la mano.

¹ La versión oficial adjudica la autoría a la organización terrorista Al Qaeda, pero cada vez son más las fuentes y análisis que respalda la hipótesis de que el origen real es el propio gobierno de Estados Unidos. Entre las evidencias, sobresale el hecho de que el atentado resultó la excusa perfecta para que la Casa Blanca llevara a cabo una cruzada en Medio Oriente tremendamente funcional a sus intereses geopolíticos y hegemónicos.

Precisamente este tema motiva la realización de esta ponencia, que se dirige a reflexionar acerca de la propensión del discurso político y mediático a considerar al migrante como un potencial terrorista, y cómo ello no se corresponde exactamente con la realidad. ¿Por qué en los últimos años ha ganado terreno esta tendencia? ¿Cuál es su origen y a qué intereses sirve? Son las preguntas que impulsan nuestros análisis.

En un primer momento, abordaremos algunas cuestiones conceptuales y de antecedentes referidas a la migración y el terrorismo, así como al lugar central que ocupan en las agendas actuales. Luego, indagaremos en cómo el discurso político y mediático establece las conexiones entre los dos fenómenos, y por último reflexionaremos acerca del trasfondo que subyace en esta asociación. Para desarrollar nuestro trabajo acudiremos a dos casos concretos, el flujo migratorio de América Central y del Sur hacia Estados Unidos a través de la frontera mexicana, y el de África, Medio Oriente y Asia hacia Europa, mediante el mar Mediterráneo y otras rutas terrestres.

DESARROLLO

Migración y terrorismo, viejos fenómenos devenidos protagonistas en el siglo XXI

Aunque el terrorismo y la migración son problemáticas que hoy están “de moda”, ambos son tan antiguos como los orígenes mismos de la humanidad. En el caso del primero, desde tiempos remotos los seres humanos emplearon la violencia y el terror como método de intimidación, con el objetivo de conseguir cumplir determinados propósitos e intereses.

Definir el terrorismo ha sido, a lo largo de siglos, una tarea difícil, a raíz de las múltiples formas en que él se ha manifestado en los diferentes momentos históricos. De cualquier forma, podemos apelar a algunas definiciones generales. Para los juristas, “el terrorismo es cualquier acto contra las personas, la libertad, la propiedad, la seguridad común, la tranquilidad de los poderes públicos y el orden constitucional” (en Carrillo, 2022).

A partir de los sucesos del 11 de septiembre el terrorismo adquirió una nueva dimensión, mucho más protagónica, en el acontecer internacional. Como respuesta a esos ataques, el gobierno de Estados Unidos lanzó en países del Medio Oriente una guerra contra el terrorismo, el cual fue elevado por la Casa Blanca a la categoría de principal amenaza para la seguridad nacional. Esta deriva trajo nuevos conceptos y estrategias como la denominada guerra preventiva, según la cual el gobierno estadounidense tendría el derecho de intervenir en cualquier lugar del mundo donde se presumiría la existencia de una amenaza para el país, la principal potencia del planeta.

De las múltiples formas de terrorismo existentes, en los últimos años “el terrorismo” por definición se asocia directamente al fundamentalismo islamista. Ciertamente, grupos radicales como Al Qaeda, Al Nusra, y más recientemente el Estado Islámico, están el origen de algunos de los hechos terroristas más mediatizados ocurridos en las últimas dos décadas: desde el atentado en metro

de Madrid en 2004, pasando por los de Francia en 2015 y 2016², hasta el del concierto de Ariana Grande en Reino Unido en 2017. Todos estos hechos tienen varios puntos en común: fueron perpetrados por personas vinculadas a variantes más extremistas del Islam, los autores muchas veces mantenían relaciones directas con organizaciones terroristas, en su mayoría han sido ataques suicidas, se han cometido contra blancos en Occidente, es decir, en países de Europa y Estados Unidos. Según coinciden varios especialistas, lo que caracteriza al actual terrorismo internacional son las elevadas tasas de letalidad y el alto grado indiscriminación con que se producen sus atentados, la rutinaria implicación de suicidas en los mismos y su propensión a dirigirse contra blancos occidentales (Reinares, 2014, p. 228).

Tras el 11 de septiembre, Estados Unidos y los países aliados se unieron en una coalición dirigida supuestamente a luchar contra el terrorismo y para ello invadieron países en los que se presumía la existencia de amenazas terroristas, como Afganistán e Iraq. En realidad, tal como ha sido ampliamente documentado y argumentado, esa cruzada más bien formaba parte de una gran estrategia de la Casa Blanca dirigida a consolidar la dominación imperialista en el Medio Oriente, y para ello otra de las tácticas fue alimentar grupos rebeldes en naciones como Libia y Siria con el fin de crear desestabilización, y justificar así la intervención y el uso de fuerza. Esto quiere decir que, en primera instancia, fueron las naciones occidentales las que incitaron el terror, y luego el problema mayor vino cuando esas agrupaciones se radicalizaron y se salieron de control. Las acciones y tácticas desplegadas por estos gobiernos están en la base de las múltiples formas en que el terrorismo se ha manifestado en estos años.

El segundo eje del presente análisis se articula en torno a la migración, un fenómeno también tan antiguo como los mismos seres humanos. Desde tiempos inmemoriales los hombres se han desplazado geográficamente por un amplio abanico de motivos, que incluye la búsqueda de mejores condiciones de vida o la huida de circunstancias adversas como la guerra, la violencia o los desastres naturales. En la historia de la humanidad las olas migratorias han estado presentes en los diferentes periodos y en todas las latitudes.

Con la consolidación de un ordenamiento mundial basado en la división en estados, el advenimiento en el siglo XX de un sistema internacional más complejo y la existencia de un entramado jurídico cada vez más abarcador, la migración ha adquirido nuevas dimensiones, principalmente en el ámbito legal. Es decir, en las últimas décadas se han multiplicado las reglas y leyes que regulan los movimientos poblacionales, por lo cual migrar hoy se ha convertido en una acción difícil, sujeta a numerosas regulaciones.

De inicio, existen diversas clasificaciones en dependencia de las motivaciones de las personas: Migrante, Desplazado, Refugiado, Asilado y Apátrida. Asimismo, a nivel internacional funcionan varias entidades encargadas de

² La agresión contra la sede del semanario satírico Charlie Hebdo (enero de 2015), los ataques en diversos puntos de París ocurridos en la noche del 13 de noviembre de 2015, incluida la sala de conciertos Bataclan, y el atentado de Niza del 14 de julio de 2016, por solo mencionar los de mayor impacto.

atender estos asuntos como la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) o el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur).

El asunto ha sido ampliamente abordado por académicos de diversas latitudes y en general, existe consenso en cuanto a que “la migración humana es una de las cuestiones económicas, políticas y sociales más relevantes del siglo XXI. Hubo desplazamiento y migración en todos los tiempos. Pero en la actualidad la inmigración es más mediatizada y politizada que nunca en unas sociedades cada vez más complejas, social, económica y políticamente (Abdillahi Bahdon, 2009, p. 58). En el momento actual, “una de las situaciones que generan mayor movimiento de personas corresponde a las guerras, los conflictos armados, la violencia, que provocan más desplazamientos y desarraigos sociales” (Quintero Niño, 2015, p. 226). De los numerosos flujos migratorios existentes en lo que va de siglo XXI, nos concentraremos en dos, el de América Central y del Sur hacia Estados Unidos a través de la frontera mexicana, y el de África, Medio Oriente y Asia hacia Europa, mediante el mar Mediterráneo y otras rutas terrestres.

En el caso del primero, se trata de un movimiento migratorio en el cual intervienen ciudadanos de numerosas naciones latinoamericanas. La principal motivación de este flujo es la económica, aunque la cuestión de la seguridad también está presente. Nacionales de países como Honduras y El Salvador huyen de la violencia crónica que castiga a esas sociedades, donde operan bandas delictivas y criminales que constituyen una amenaza real para la estabilidad ciudadana.

Respecto a la migración hacia Europa, se trata de un movimiento que tiene el mar Mediterráneo como ruta principal, con personas procedentes de países de Medio Oriente, Asia y África. Una buena parte de los que proceden de África llegan a Libia -nación que cayó en el caos y la desestabilización luego de la intervención occidental de 2011- y ahí suben a precarias embarcaciones que los conducen en peligrosas travesías marítimas hasta las costas mayormente de Italia. Por otro lado, los que proceden de Medio Oriente y Asia suelen atravesar por Turquía para llegar a Grecia. En consecuencia, las principales puertas de entrada por vía marítima son Italia y Grecia, mientras también existen rutas terrestres que atraviesan los países de Europa del Este. En cuanto a los motivos de la migración, en este caso el aspecto securitario tiene un rol central en tanto una buena parte de quienes han migrado huyen de la guerra, la violencia y el terror en países como Afganistán, Iraq y Siria.

Los dos flujos migratorios están marcados por la extrema inseguridad. Miles de estas personas han perdido la vida en los últimos años intentado llegar a Estados Unidos o Europa, a algunos víctimas de la violencia en las inmediaciones del río Bravo, otros ahogados en el Mediterráneo.

Migración y terrorismo unidos en el discurso político y mediático

Los actos terroristas ocurridos en Estados Unidos y Europa en las dos primeras décadas de la actual centuria motivaron rápidas reacciones por parte de los gobiernos. En el caso de Estados Unidos, las autoridades de inmediato declararon el terrorismo internacional como el principal enemigo a derrocar. En

la Unión Europea (UE), como parte del ordenamiento jurídico comunitario, se adoptó la Decisión Marco del 13 junio 2002 relativa a la lucha contra el terrorismo. Según la normativa, "... todos los Estados miembros adoptarán las medidas necesarias para que sean considerados delitos de terrorismo los actos intencionados que por su naturaleza o su contexto, puedan lesionar gravemente a un país o a una organización internacional cuando su autor los cometa con el fin de: intimidar gravemente a una población; obligar indebidamente a los poderes públicos o a una organización internacional a realizar un acto o a abstenerse de hacerlo; o desestabilizar gravemente o destruir las estructuras fundamentales políticas, constitucionales, económicas o sociales de un país o de una organización internacional".

En síntesis, el terrorismo se instaló en el imaginario colectivo como un peligro real y una de las principales amenazas para la estabilidad en las naciones. "Desde entonces (atentados del 11 de septiembre) los acontecimientos han centrado la atención del mundo en el único tema del «terrorismo radical islamista» como la mayor amenaza para la seguridad nacional y humana" (Widgren, Jandl y Hofmann, 2005, p. 217).

Los estados y gobiernos diseñaron planes de enfrentamiento a la amenaza terrorista y. en ese contexto, uno de los blancos hacia los que se realizó una labor muy intencionada fue la migración. Tanto el discurso político como el mediático comenzaron a presentar al inmigrante como un potencial atacante. La vinculación entre terrorismo e inmigración se hizo explícita al más alto nivel, incluso en el ámbito de las Naciones Unidas en la Resolución 1373 del Consejo de Seguridad, adoptada tras los atentados del 11 de Septiembre (Conde Pérez, 2012, p.246). Se produjeron cambios sustanciales en la manera en que las sociedades comenzaron a percibir el terrorismo y la migración, y a asociar uno con otro. "Con las crisis socioeconómicas, la percepción de los movimientos migratorios cambia en los países receptores; la seguridad nacional vuelve a ser una gran preocupación. Pero desde el famoso 11 de septiembre de 2001, y al "descubrir" el terrorismo – un fenómeno que no es nuevo en el mundo -, la seguridad de su territorio y la identidad de sus sociedades vuelve a ser la primera prioridad de los Estados del Norte". (Abdillahi Bahdon, 2009, p. 158)

Las transformaciones antes descritas trajeron consecuencias como la adopción de medidas y decisiones encaminadas a restringir y criminalizar cada vez más la entrada de foráneos, las cuales contaron con el respaldo de buena parte de las poblaciones, dominadas por el sentimiento del temor. Un artículo que explora el fenómeno en el contexto estadounidense asegura que "El discurso oficial presenta a los traficantes de migrantes como un riesgo para la seguridad nacional estadounidense por sus posibles lazos con organizaciones terroristas" (Izcara Palacios, 2017, p. 337). De su lado, Eduardo B. Hernández llamó la atención en torno al amplio respaldo popular a este enfoque, y señaló que para los grupos que abogan por una reducción en la inmigración "Estados Unidos vive en una era en la cual la guerra contra el terrorismo y la seguridad nacional son sus principales preocupaciones, pues existe la amenaza potencial de que alguien vulnere sus fronteras pasando de contrabando un artefacto pequeño de destrucción masiva y hacerlo detonar en una ciudad grande" (2002).

A todas luces, la frontera México-Estados Unidos se convirtió en un foco de atención para las autoridades, que comenzaron a actuar en la zona bajo el manto de los grandes principios de seguridad y anti-terrorismo. En este sentido, al definir la misión prioritaria de la Patrulla Fronteriza, el sitio web del Departamento de Seguridad Nacional declaró que ella se enfoca en “prevenir la entrada a los Estados Unidos de terroristas y de las armas de los terroristas, incluidas las armas de destrucción masiva” (en Izcara Palacios, 2017, p. 337). Siguiendo esta lógica explicitada, el número de uniformados pertenecientes a este cuerpo en la frontera suroeste ascendió de 3555 en 1992 a 20119 en 2009. Es decir, la cantidad de miembros de la Patrulla se sextuplicó en apenas 16 años. A ello se añade que se reclutó a personal militar entrenado para detener, presuntamente, a enemigos combatientes armados. Sin embargo, en la realidad el panorama es muy distinto y existe una franca desconexión entre la misión de la Patrulla Fronteriza y sus actividades cotidianas, más bien enfocadas en la detención de migrantes laborales que solo busca de mejores oportunidades económicas.

La realidad de una asociación infundada

Un repaso crítico a lo sucedido en este ámbito en las últimas dos décadas permite concluir, sencillamente, que asociar migrante con terrorista carece de fundamento. Así lo corroboran las más diversas investigaciones, y la realidad misma. Para ofrecer evidencia empírica acerca de ello Simón Pedro Izcara Palacios realizó una vasta investigación que incluyó entrevistas en profundidad a 133 personas involucradas en el paso de migrantes de México a Estados Unidos, en su mayoría “coyotes” que contaban con una amplia experiencia en el “negocio”. Los resultados fueron claros: todos manifestaron desconocer hechos o informaciones relacionados con el paso de terroristas a través de la frontera. “En ninguna de las entrevistas se recabaron testimonios que indicasen que los entrevistados facilitasen, presenciasen o hubiesen oído rumores sobre redes específicas dedicadas a transportar terroristas” (2017, p. 345). En concreto, ninguno de los entrevistados manifestó haber ayudado a terroristas a ingresar de modo subrepticio en Estados Unidos, ninguno de los entrevistados había presenciado el cruce irregular de terroristas a través de la frontera mexicana-estadounidense, y ninguno de los entrevistados había oído hablar de redes concretas de tráfico de migrantes que se dedicasen a facilitar el paso de terroristas.

Más allá de la cuestión testimonial, el entrevistador indagó en las opiniones de los “coyotes” y una vez más los resultados fueron similares. Todos creían muy improbable que a través de México ingresaran terroristas al país del norte, por motivos como que los lugares de procedencia de los terroristas árabes son muy lejanos, que al no hablar español y ser diferentes físicamente se distinguirían muy fácilmente entre la masa, o que los terroristas islámicos solían tener dinero y posibilidades de llegar a su destino con mayor facilidad, incluso por avión.

La principal conclusión de la pesquisa citada es que resulta altamente improbable que los terroristas o potenciales terroristas puedan ingresar a territorio estadounidense desde México. “El hecho de que en este estudio no se haya encontrado una evidencia empírica que demuestre la existencia de una relación entre migración y terrorismo subraya la naturaleza ideológica de la

creencia de que es posible ligar migración y terrorismo”. (Izcara Palacios, 2017, p. 358)

En el caso europeo, el análisis se complejiza a partir de un número importante de factores, como la cantidad de hechos terroristas ocurridos en los últimos años. Además, el flujo migratorio llegado a Europa procede en buena medida de las mismas naciones de origen de los terroristas, lo que favorece establecer un vínculo discursivo entre unos y otros.

Sin embargo, una mirada profunda permite poner en evidencia que la gran mayoría de los perpetradores de ataques no tenían conexión real con la más reciente ola migratoria llegada a Europa. En este sentido, es revelador el hecho de que casi todos los autores de los atentados ocurridos en Francia, Bélgica, Alemania y Reino Unido, eran jóvenes no migrantes, nacidos en suelo europeo, cuyos padres o abuelos sí eran migrantes que se habían instalado en estas naciones varias décadas atrás. Por ejemplo, los atacantes de París y Bruselas eran muchachos crecidos en barrios como Seine-Saint Denis o Molenbeek, con pasaportes de la Unión Europea y educados en escuelas europeas.

Las razones por las que estos jóvenes terminaron por identificarse con las variantes más extremistas y fundamentalistas de la religión de sus padres y familias, unirse a lo que ellos consideraban la “lucha legítima de sus hermanos árabes”, y atacar a los países y poblaciones que los vieron nacer, son extremadamente complejas y ameritan profundas miradas históricas, políticas, ideológicas, sociológicas, psicológicas y culturales. En términos muy generales, el fenómeno está relacionado con el rechazo latente y permanente de la sociedad europea a integrar a estas familias y grupos de inmigrantes y las condiciones de discriminación, marginalización e incluso segregación en que han vivido por décadas, pues incluso se han construido barrios enteros para alojar a estas personas. Lugares como los propios Seine-Saint Denis o Molenbeek están habitados casi totalmente por inmigrantes o sus descendientes.

Sí es cierto que, entre ellos, hubo algunos casos que viajaron al Medio Oriente a entrenarse y unirse a las filas, por ejemplo, del Estado Islámico, para luego volver a Europa enmascarados en el flujo migratorio. Pero el número es ínfimo y carece completamente de representatividad. Solo en los años 2013 y 2014, momentos álgidos de la crisis migratoria, se contabilizaron más de 360 mil indocumentados llegados de manera irregular al continente, personas pacíficas que solo buscaban una mejor vida y ajenas a cualquier acto terrorista. Por el contrario, una buena parte de ellos más bien huía del terror instaurado en sus países de origen a partir de las intervenciones perpetradas por naciones occidentales.

Los argumentos anteriormente expuestos permiten llegar a la conclusión de que mientras el terrorismo sí cuenta entre las causas más frecuentes de los movimientos migratorios actuales, no existen evidencias empíricas que permitan situar a la migración como un fenómeno generador de terrorismo. En el caso específico de Estados Unidos y Europa, resulta evidente que la gran masa de foráneos llegada de manera irregular, independientemente de su procedencia,

se guía por propósitos de vivir con mejores condiciones económicas, laborales y de seguridad.

Tal como señala Izcara Palacios (2017, p. 358), la identificación entre migrante y terrorista presente en el discurso político y mediático tiene más bien un trasfondo ideológico y una motivación política. En primera instancia, se busca canalizar y legitimar el sentimiento anti-inmigrante ampliamente expandido en una parte importante de las sociedades europea y estadounidense. De acuerdo con Jorge Hernández Martínez, “una vez más se coloca a la inmigración en el centro de una construcción cultural que se troquea en torno a percepciones negativas del otro, cuya imagen se presenta como la de un enemigo cuyo idioma, costumbres, creencias religiosas e ideas políticas contaminan a la sociedad, por lo cual debe ser objeto de control social, legal y de represión” (2019, p. 65). En referencia específica a la sociedad norteamericana, indicó que se vuelven comunes las manifestaciones de intransigencia, sentimientos antinmigrantes, racismo, represión, las cuales afloran como política estatal y articulan un ambiente conspiratorio que presenta al país como una “fortaleza sitiada”.

De esta forma, la necesidad socialmente aceptada de proteger al país frente a ese “enemigo del momento” deviene la justificación perfecta para aplicar la larga lista de medidas restrictivas, punitivas y criminalizadoras de la inmigración, que han proliferado en los últimos años tanto en Estados Unidos como Europa. Así se perfila un panorama que refleja descarnadamente los dobles raseros, el cinismo político y la injusticia que todavía marcan la actualidad en el mundo. En términos muy generales, Occidente criminaliza al migrante para justificar su rechazo, y evitarse hacerse cargo de esos grandes grupos humanos obligados a abandonar sus naciones de origen, a raíz de la pobreza, la violencia y la inseguridad sembrada allí por el propio Occidente.

CONCLUSIONES

El asunto tratado en el presente trabajo es amplio, complejo, con numerosas variables y aristas de análisis, y que amerita investigaciones profundas encaminadas a proporcionar una comprensión holística del fenómeno. En estas páginas hemos delineado informaciones, argumentos y reflexiones que nos permiten aproximarnos al tema desde una perspectiva crítica.

En este sentido, podemos concluir que el terrorismo y la migración son dos fenómenos relevantes que han marcado el escenario mundial de los últimos años, con un impacto importante en el complejo panorama de la Seguridad Internacional. En nuestro trabajo hemos abordado cómo la asociación entre migrante y terrorista, tan frecuente en el discurso político y mediático, ha servido al interés en Estados Unidos y Europa de legitimar el rechazo a la inmigración y justificar las medidas restrictivas y de castigo implementadas en este sentido.

Además de este hecho, nos interesa resaltar que la causa del fenómeno aludido, así como el origen mismo de los flagelos del terrorismo y la migración en sus manifestaciones actuales, están todos vinculados a una misma circunstancia, un tronco común. A saber, se trata de la existencia de una configuración internacional marcada en su esencia por el sistema capitalista, con sus

inherentes inequidades e injusticias, y de un mundo dominado (todavía) por Estados Unidos y otras potencias occidentales, que buscan a toda costa conservar y ampliar su hegemonía económica, militar, política, tecnología ideológica y cultural.

BIBLIOGRAFÍA

Abdillahi Bahdon, M. (2009) Migración y lucha contra el terrorismo internacional en la República de Yibuti. En AREAS. Revista Internacional de Ciencias Sociales, No. 28, pp. 157-168

Carrillo Ramírez, L. (2022) El terrorismo. Capítulo XII del libro Los problemas de la seguridad en el mundo, CODEN, Editora Verde Olivo

Carrillo Ramírez, L. (s/f) La seguridad como leit motiv de la política europea.

Conde Pérez, E. (2012) Terrorismo e inmigración en la Unión Europea y en Estados Unidos: "Securitización" de las políticas de inmigración y extranjería. En Lex International Law, pp. 245-264

Dalmaso, C. (2016) ¿Quiénes son terroristas? La migración irregular y forzada como nuevas amenazas a la seguridad en el cono sur. En Astrolabio, Nueva Época, No. 17, pp. 114-145

Hernández, E.B. (2002) Inmigración: entre la seguridad, el terrorismo y la guerra. Breve Análisis de la Situación Migratoria entre México y Estados Unidos. En Razón y Palabra, No. 29. Disponible en línea en: http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n29/ehernandez.html?fbclid=IwAR1UJJOiH1bNTUohD5rO5BsG_IKFdMuHqJgh_U94qkJa2SWFHeimXJhgr8

Hernández Martínez, J. (2019) Inmigración, simbolismo y percepciones de amenaza en la sociedad norteamericana. En Novedades en Población, CEDEM, No.30, pp. 64-74

Izcara Palacios, S.P. (2017) Tráfico de migrantes y terrorismo: Un vínculo infundado. En Política y Gobierno, Vol. XXIV, No. 2, pp. 333-369

Quintero Niño, E. (2015) Una aproximación a la relación entre las migraciones y el terrorismo internacional. En Revista de la Inquisición (Intolerancia y derechos humanos), Vol. 19, pp. 219-238

Reinares, F. (2005) "¿Es el terrorismo internacional como nos lo imaginábamos?: Un estudio empírico sobre la yihad neosalafista global en 2014". Documentos de Trabajo. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, No. 33. Disponible en línea en: <http://biblioteca.ribei.org/id/eprint/920/1/DT-033-2005.pdf>

Widgren, J., Jandl, M y Hofmann, M. (2005) Inmigración y seguridad en Europa tras los atentados de Madrid. En Migraciones, No. 17, pp. 215-228